

con ninguna otra excepcion que el Regente mismo; los que á la conclusion de la guerra habían quedado reputados por tales, los que habían ganado sus fajas al frente del enemigo, no los Generales civiles y los Generales de secretaría; pero estos yacían en la emigracion, ó estaban envueltos en las ruinas del partido anterior á Setiembre: valían más que el ejército de aquella época, y no habían de desnudar sus espadas sinó por la causa que siempre habían defendido. Eran O'Donnell, Narvaez, Meer, Concha, Pavía, Pezuela, Borso y otros militares de nota, los cuales, digámoslo sin rebozo, aunque rechacemos la doctrina de las insurrecciones, se podían creer autorizados para hacer una insurreccion en favor de una legitimidad vencida, contra la insurreccion que había hecho á una usurpacion, vencedora.

Leon aparecía el primero entre estos Generales. O'Donnell se había puesto despues que él la faja de Teniente General, y si rivalizaba con él en reputacion, no le igualaba en prestigio. El principal elemento de la empresa era aquella falanje dorada, aquella valerosa Guardia Real, que había atravesado, á la cabeza del ejército, el campo ensangrentado de la guerra de los siete años; y cuando era menester levantar una bandera enmedio de la Guardia, nadie podía disputar á Leon este privilegio. Si es verdad que hay destinos que se unen para engrandecerse y consumarse, el destino de Leon y el de la Guardia debían unirse. De las filas de la Guardia había salido Leon; la Guardia había peleado mucho tiempo á sus órdenes; la revolucion de Setiembre los halló juntos, porque la division de Leon era entónces la Guardia: juntos habían arrojado las consecuencias de aquel levantamiento, porque si la Guardia hubiese sido un hombre ó un General, habría hecho lo que Leon; dejar el servicio. Desde aquel

momento, la conducta de Leon y de la Guardia para con el Gobierno, y la conducta del Gobierno para con Leon y con la Guardia, guardan una estrecha correspondencia. La Guardia está silenciosa desde Setiembre; el Gobierno la considera, la vigila y la amenaza, todo á la vez, y todo porque recela de ella. Leon se ha retirado á su casa; el Gobierno le vé con inquietud ir á Francia y volver de Francia; pero no se atreve á inquietarle, porque le teme. Sí; los destinos de Leon y de la Guardia estaban unidos.

Enmedio de un ejército vacilante, la Guardia sola estaba resuelta: á no haber acudido el Gobierno con uno de esos remedios que salvan en los casos extremos, la Guardia hubiera seguido á Leon á todas partes, ó con el ejército, ó á contrarestar el ejército; y cuando fué vencido, cuando el personificador de la Guardia cayó bajo el golpe de sus enemigos; cuando el jefe de aquella gloriosa familia de militares, que salió de las entrañas de la Guardia, desapareció á los ojos llorosos del ejército y de la España, no pareció sinó que la Guardia se había recostado, como un perro fiel, á sus plantas, ó que se habían enterrado dos cadáveres en la tumba de Diego de Leon. Cuando Leon murió, como si ya no existiese la Guardia. El Gobierno la suprimía al poco tiempo.

No se crea, por lo que ántes dijimos de la disposicion del ejército, que el plan de los conjurados estribaba únicamente en la Guardia. Si hubiera sido posible que un ejército incapaz de entusiasmo se agrupase con fé y con amor en torno de alguna bandera, habría sido en torno de la bandera que se desplegaba; y partidario y admirador del General Leon personalmente, lo era entónces, como lo había sido siempre, el ejército. Contábase, pues, con las simpatías de la tropa hácia casi todos los hombres

cuyo recuerdo había sobrevivido gloriosamente á la guerra; contábase con la decidida voluntad de una multitud de oficiales, que se creían injuriados por el Gobierno; contábase con el compromiso de buen número de Jefes, que se habían ofrecido á sus antiguos compañeros; contábase con el apoyo, más ó ménos explícito, de algunos Generales, que luego se quedaron del lado del Regente; contábase, en una palabra, con el ejército. Con el éxito era con lo que no se podía contar; pero ¿se podrá calificar esta empresa de temeraria, ni aun por los que siempre la calificaron de impolítica?

Habían llegado en esto los últimos días de Setiembre, y la España entera hervía en una inmensa conspiracion militar. El ruido que precede á las tempestades de la política, como á las de la atmósfera, se dejaba oír sorda y temerosamente por toda la Península; y al resonar en Madrid, los ojos de todos los hombres y de todos los partidos se fijaban con diferentes afectos en el General Leon. Eran notorios los motivos porque se había separado del servicio; era notorio el desdenoso aislamiento en que vivía respecto del Gobierno y del Regente; y como en la multitud excitada hay un instinto que adivina las grandes posiciones en las grandes crisis, el dedo de Madrid señalaba en Leon un personaje que debía figurar muy pronto á la cabeza de un grande acontecimiento. Este mismo empeño contribuyó en gran manera á la publicidad que tuvo á las últimas la conjuracion, y que, siendo causa de mucho temor en unos, y de mucha confianza en otros, segun atribuían el rumbo de las cosas á fuerza de la conspiracion impaciente, ó á espera del Gobierno prevenido, lo fué tambien de que amigos y enemigos acusasen á los conjurados de imprudencia. No son

los hombres como Leon los mejores para este género de empresas; pero la verdad es que aquella conjuracion era de las que se delatan á sí mismas. "Los franceses conspiran en la calle," ha dicho un escritor de la revolucion francesa: lo mismo se puede decir de los españoles y de todos los pueblos en revolucion. Había cundido muchas veces la voz, no infundada, de que el General había recibido avisos y sospechaba proyectos de un atentado en su persona; se oía á los oficiales de la guarnicion de Madrid desatarse públicamente en amenazas contra el Gobierno, y oponer el nombre de Leon al del Regente; y como era tan natural entónces una conspiracion, todo el mundo soñaba con ella, y acababa por adivinar que la había.

El Gobierno fué el único que no lo adivinó, y si lo adivinó, obró como si no lo adivinase. Acostumbrado á los clamores del descontento público, acaso tomó la amenaza general por una oposicion sin consecuencia, que se evaporaría por sí misma. En los últimos momentos fué cuando acudió á su defensa por todos los medios que sugirió á los hombres de la Regencia su larga práctica en materia de conspiraciones; y aun así fué necesaria toda la desgracia, ó todo el desconcierto de los conjurados, para que la Regencia del Duque de la Victoria no hubiese venido abajo en una hora. Juntóse, pues, de parte de estos, el empeño inocente del público en que hubiese una conjuracion, á su propia imprudencia ó á su excesiva confianza; de parte del Gobierno, una especie de somnolencia nacida del temor y de la incredulidad á la vez, al empleo de medios, á que sólo la fortuna pudo dar eficacia. Aquellos rescataron su falta con un valor á toda prueba; este rescató las suyas de otro modo; las rescató con un triunfo inmerecido.

El objeto de los conjurados era, según se vió después, la restauración de la Regencia caída en Setiembre, para lo cual debían apoderarse de la Reina Isabel, y sublevar á un tiempo las provincias del Norte, del Este y del Mediodía. Todo el mundo conoce la parte realizada de este plan: el día 4 se supo en Madrid el levantamiento de las provincias Vascongadas y Navarra; y habiéndose alarmado el Gobierno con estas nuevas, que no permitían dudar sobre la inminencia de una conjuración general en toda España, la situación de los conjurados de la capital se hizo crítica y decisiva en alto grado. Conforme al plan primitivo, ellos debían haber comunicado el impulso desde el centro á las extremidades. Leon, al decir de los más enterados, siempre estuvo por tal iniciativa: dificultades, vacilaciones, desavenencias pequeñas en sí y graves por las circunstancias, órdenes y contraórdenes sobre la anticipación ó postergación del movimiento del Norte, detuvieron el brazo de la conjuración, puesta la mano en la empuñadura del sable. Pero no cabían ya el retroceso ni la vacilación: O'Donnell y Piquero habían levantado la bandera en las provincias del Norte; otros jefes la debían levantar en otras provincias; Leon y sus compañeros tenían que tremolarla en el Palacio de Madrid. Habían celebrado ya estos hombres comprometidos su acuerdo definitivo; habían hecho su resolución; estaban tomando sus últimas providencias, cuando hé aquí que reciben avisos de que á cada uno de ellos les aguardaba en sus casas un oficial con órdenes del Gobierno para conducirlos inmediatamente á diferentes puntos de la Península. Espiados tiempo había por una turba de agentes de policía, cada cual se había anticipado á sustraerse de manos del Gobierno.

Los comisionados no hallaron ni á Leon, ni á Concha, ni á Pezuela, ni á ninguno; pero la orden de sacarlos de Madrid significaba claramente que el Gobierno se había puesto sobre sí, que serían presos donde quiera que se les hallase, y que no les quedaba libertad para moverse. Ellos, sin embargo, no se desalentaron, sinó que desde aquel momento comenzaron á mostrar el valor, que á algunos no les abandonó sinó con la vida. El día 5 fueron buscados por el Gobierno; y el día 6, mientras la conspiración parecía estar en la Puerta del Sol; mientras la curiosidad, la incertidumbre, la esperanza, el temor y todos los afectos de la política agrupaban en los parajes públicos una muchedumbre, que se preguntaba y se respondía á voz en grito acerca de lo que se estaba viendo reventar y venirse encima; mientras los parciales y los adversarios, el Gobierno, los partidos, los instrumentos mismos de la conjuración aplicaban el oído á todas las noticias, á todos los rumores, á todas las exageraciones de una situación extrema para todos, aquellos hombres se volvían á reunir, se volvían á concertar, y no se separaban sinó para tornarse á encontrar cada cual en su puesto.

Era el 7 de Octubre. Por la tarde sonaron tiros en el cuartel del Soldado: al anochecer sonaron descargas en Palacio, y tembló Madrid. Los tiros eran de los soldados del primer regimiento de la Guardia á sus oficiales, quienes, apenas sabedores de haber sido separados del cuerpo aquella misma mañana, se encaminaban los más desde el café de San Luis hácia su cuartel, y eran recibidos á balazos. Las descargas las hizo después el General Concha, que se había presentado aquella tarde en el cuartel de Guardias de Corps; había recogido, á la voz de «¡Viva

Isabel II!" una parte del regimiento de la Princesa, cuyo Coronel había sido; había bajado con ellos á Palacio, cuya guardia exterior se había unido con él; había encontrado resistencia en los Alabarderos, y procuraba intimidarlos con el fuego. Terrible era la situación del Gobierno en aquellos instantes; pero era, sin comparación, más terrible la de los sublevados. La conjuración debía estallar aquella noche; pero se acababa de dar contraórden para dilatarlo hasta la mañana siguiente, al tiempo de reunirse las dos guardias entrante y saliente en Palacio. El General Leon, jefe de la sublevación, al frente de alguna caballería y de los regimientos de la Guardia y de las otras tropas alojadas en los cuarteles del Soldado y del Pósito, debía cercar el Palacio de Buena-Vista y apoderarse del Regente; el General Concha, á la cabeza de los granaderos de caballería de la Guardia, y de todo el regimiento de la Princesa, debió acudir á donde había acudido, guardar la persona de la Reina, y permanecer allí ó salir de Madrid con las dos Régias niñas, según los trances. Pero la fatalidad cayó sobre aquellos hombres. El General Concha, ó no recibió la contraórden, ú oyendo los tiros del cuartel del Soldado, creyó que alguna circunstancia imprevista había precipitado el lance, y se precipitó asimismo. Y sin embargo, si en el Gobierno hubiese consistido, aún no estaba perdido todo. Él había sabido dar el golpe en la Guardia de infantería, separando á una oficialidad entera y ascendiendo á una clase entera de sargentos; pero había sonado la hora del combate, y el Gobierno no combatía. ¿Qué hacía el Gobierno? ¿Qué hacía el Duque de la Victoria, sinó mandar prevenir caballos y escolta para partir á Alcalá de Henares? Si era precaución, ¿porqué no la precaución más digna de él, la pre-

caución de su presencia en donde estaban su Reina y sus enemigos? El lauro, si lauro hubo en aquella tremenda noche, no fué para el poder militar; fué para el partido de la revolución. Este fué el que, batiendo generala y formando los numerosos batallones de la Milicia nacional en derredor de Palacio, pudo decir á aquel puñado de hombres encerrados dentro de aquellas paredes: "Estais perdidos." Lo demás fué obra del desconcierto en que quedó la conjuración desde su primer paso, y obra de las más ó ménos declaradas traiciones con que deben contar las cabezas de toda conjuración que no se inaugura vendiendo.

Entretanto, el General Leon se hallaba en una situación desesperada. Solo y envuelto en un sobretodo, corría aquel anochecer las calles principales de la capital, cuando le avisaron la novedad de la Guardia. Hay quien dijo que le vió despues en los alrededores del cuartel del Soldado. Pero la otra noticia le hizo todavía mayor impresión. Al saber lo de Palacio, su primera idea fué que el General Concha había querido arrebatarse la gloria de la empresa. Semejante sospecha era injusta, porque Concha había sido leal para con él; fué infundada, porque se supieron los motivos de la conducta de Concha; pero se dice que Leon la concibió; y semejantes ideas suelen convertirse en una preocupación tenaz, cuando llegan á entrar en un ánimo generoso, y recaen sobre una situación fatal de la vida. ¿Quién sabe si no hubo también, ó circunstancias inevitables ó personas mal intencionadas que sembrasen algún germen de desconfianza en el corazón de los dos Generales? Entregado á sus tristes meditaciones estaba Leon en la casa donde acostumbraba dormir algunos días hacía; había mandado que le trajesen su

uniforme de húsar, y que le ensillasen un caballo; consideraba los malos principios que había tenido la empresa, la dificultad de reponerla, la cuasi imposibilidad del éxito; vacilaba en la resolución perentoria que debía tomar, si arrojarse en medio de algun regimiento y arrastrarlo á Palacio, si correr desde luego á unirse con los sublevados, ó aguardar á que sus compañeros viniesen á decirle el estado de las cosas, cuando entró el Brigadier Pezuela y le sacó de sus perplejidades. No quedaba más que una esperanza. Concha no sabía qué hacer en Palacio; los Alabarderos le habían cerrado la escalera principal; otro medio había de penetrar hasta la Cámara de la Reina, pero estaban impedidas ó eran expuestas las salidas de Palacio. Los soldados, sin embargo, clamaban por la presencia del general Leon, y era preciso que el general Leon fuese entre ellos, para aprovechar las coyunturas de salvacion ó de éxito que la noche ofreciese todavía. Estas fueron, en suma, las razones del Brigadier Pezuela al General, el cual oyó además cuanto bastaba para aquietar en su pecho las sospechas que habían venido á acrecentar lo aciago de la noche. Una cosa se le resistió hacer á Pezuela, halagar al General con la esperanza más remota de triunfo. Leon no había menester alientos, y aunque acometido su corazón de los presentimientos más sombríos, el nervio de su alma no se debilitó en aquel trance, y ambos salieron, á las once y media de la noche, para el Palacio. Ocho dias de vida le quedaban al General Leon.

Entre los rasgos de alto valor con que los jefes de aquella conspiracion ilustraron la causa bajo cuyas banderas cayeron tantos cadáveres, acaso no lo hay tan señalado como la partida de aquellos dos hombres en las altas ho-

ras de la noche á repartir los despojos de la muerte con sus compañeros. ¡Cuántos en su lugar no hubieran dicho: «¡guardémonos, porque es inútil nuestro sacrificio!» Pezuela, sin embargo, había estado dos veces en Palacio en el discurso de aquella noche, y ahora iban Leon y él á agotar la postrera esperanza. La travesía hasta Palacio era un gran riesgo de por sí. Pezuela caminaba delante con uniforme de brigadier de la guardia; Leon le seguía como un ordenanza, con uniforme de húsar y un capote de soldado. Al desembocar por una de las calles que dan al cuartel de San Gil, encontraron un batallon del Regente formado en batalla; y habiéndoseles dado el «quién vive», Pezuela contestó: «Estado Mayor», y siguieron adelante. Al ver la seguridad con que se adelantaban, y al oír á Pezuela preguntar por el jefe del puesto, los soldados no hicieron fuego, y los dejaron llegar hasta la cabeza del batallon; pero se acercaba un grupo en que venía el jefe del puesto, y un granadero agarró por la brida el caballo de Leon. Aquel fué el momento decisivo. Los dos gritaron á la vez ¡adelante! y deshaciéndose Leon del granadero, galoparon bajo un diluvio de balas por la calle de las Caballerizas y tomaron, sanos y salvos, el Palacio.

Al tiempo de entrar el General, sonaba una de aquellas descargas que se hicieron de cuando en cuando toda la noche para mantener el cuidado en los de afuera. La primera disposicion del General fué que cesase el fuego. Presentóse en seguida á la tropa, y como los soldados se inflamaban al verle y victoreasen su nombre, díjoles que donde estaba la Reina no se victoreaba á nadie más; que ya le conocían, y que su vida y la de todos eran para defender de enemigos á la Reina. Los soldados volvieron á

victorearle, y él á imponerles silencio. Habiendo conferenciado luego con el General Concha y con los demás jefes, se encaminó solo á la escalera principal, subió por ella, mandó tocar marcha de honor, y arengó á los alabarderos. Amenazáronle éstos con hacerle fuego, y él les devolvió audazmente la amenaza. Volvióse á trabar entónces el combate á principios de la noche, cuyo fuego aguantó Leon parapetado medio cuerpo en el umbral de una puerta. La idéa de las angustias de la Reina contenía á aquellos hombres, si bien el nombre de Leon y de los jefes sublevados decía claramente á las augustas Niñas que sus mejores amigos eran los que estaban llamando por ellas en aquel trance. Además, aquella temeridad era inútil, porque la Reina había sido conducida por sus guardianes á la estancia más retirada del edificio, y porque dado que una série de temeridades les hubiere llevado á apoderarse de la Real Persona ¿las salidas y los caminos quedarían más libres por eso? Verdad es que la Persona de la Reina hubiera sido en poder de ellos la salvaguardia de sus vidas y de sus personas; verdad es que otros hombres hubieran intentado en aquel trance cuanto sugiere el valor de la desesperacion en las almas cobardes. Pero Leon y sus compañeros no eran de esa clase de hombres. Á sacrificar sus vidas por su Reina habian ido allí, y los que han dejado en España la reputacion de su temeridad como un proverbio, se resignaron en aquella ocasion á su mala suerte. Sus enemigos, los que propalaron despues entre el vulgo que Leon había ido á asesinar á la Reina, hicieron correr tambien la especie más verosímil de haber llegado las balas de los sublevados á la habitacion de la Reina; y aunque en la habitacion de la Reina se vieron efectivamente algunos

balazos, existe un documento que conviene tener presente para la Historia de aquel acontecimiento, y con el cual se prueba tamaña impostura. Este documento es un comunicado del Brigadier Pezuela á un periódico de Lisboa sobre este vergonzoso asunto, leído por D. Agustin Argüelles en el Congreso, é inserto en los periódicos españoles de aquella época.

Si hasta entónces había cabido alguna ilusion en los sublevados, desde entónces ya no cabía. Leon allí, y no haberse adelantado sino la noche, era haberse perdido hasta la última de las ilusiones. En aquellos momentos se le ocurrió á uno de los principales la idéa extrema de hacer una irrupcion por medio de las tropas y de la milicia que tenían rodeado el Palacio. Acogida ardentemente por muchos la idéa de este recurso extremo, se le propuso encarecidamente al General: Leon pareció admitirla al principio, tanto más cuanto que semejantes ímpetus cuadraban admirablemente con su carácter guerrero; pero considerándolo más despacio, lo rechazó abiertamente, siendo causa de graves contestaciones entre él y sus compañeros. Como medio desesperado de éxito, acaso el triunfo mismo le parecía de consecuencias inmensamente fatales para la causa que defendía; como medio de salvacion, la salida estaba por otro lado.

Perdida así la batalla, inutilizada la empresa, cercados por todas partes con fuerzas muy superiores, sin posibilidad de tregua, y temerosos de que la luz del dia viniese á quitarles el favor de la oscuridad, el General Leon, el General Concha y todos los que no tenían esperanza de capitulacion, salieron á las tres de la madrugada por el campo del Moro con unos cuantos caballos y una compañía de infantería. La avanzada enemiga dió el

"quién vive", se le contestó "ronda mayor", y cuando se acercó á reconocerlos la arrollaron y corrieron á escape á ganar la puerta de Hierro. Allí fueron cargados por un escuadron de caballería, y tuvieron que dispersarse. La fortuna había abandonado enteramente á Leon. Habiéndose apartado del camino, fué á saltar una zanja y el caballo se le quedó en ella. Solo, rendido de la caída, hasta con el achaque fatal de la sordera, Leon anduvo legua y media por el camino de Valladolid, hasta que habiéndose encontrado á unos cazadores de la guardia, le ofrecieron un caballo en cambio del cuál él les dió algunas onzas y continuó otra vez solo el camino. Los soldados quisieron seguirle; pero él los despidió.

Sin rumbo ni propósito fijo, por la mañana estuvo tomando algunos bocados con unos labradores, en medio del campo; y volviendo á montar á caballo, se había puesto ya á la distancia del pueblo de Colmenar Viejo, unas siete leguas distante de Madrid, cuando habiendo divisado á largo trecho de camino un escuadron de húsares de la Princesa, se apeó y los aguardó tranquilamente, recostado sobre una tapia. Eran, efectivamente, los húsares de la Princesa, que habían salido en persecucion de los fugitivos, y á quienes había reservado la suerte el privilegio de hacer prisionero y de conducir á Madrid á aquel mismo hombre que, en tiempos mejores, los había hecho de un golpe la primera caballería del ejército. El Comandante del escuadron, que había visto á aquel jinete apearse reposadamente junto á la tapia, envió solamente dos húsares á reconocerle. ¡Cuál no fué el asombro de aquellos soldados al encontrarse con el General Leon! "¡Mi General!" exclamaron los dos poniéndose en actitud de reverencia, y se les trabó la lengua. "Mucha-

chos:—les dijo Leon;—¿con quién venís?" "Mi General: con el Comandante Laviña." "Pues id y decidle de mi parte que venga." Y los húsares obedecieron. El Comandante D. Pedro Laviña había sido Ayudante de Leon; Leon le quería, y le adelantó en su carrera. Llegó el Comandante; apénas acertaba á hablar: sus ojos se bajaban naturalmente en presencia de su antiguo Coronel y de su amigo. Leon, conociendo su posicion, "Vamos á Madrid," le dijo: montó á caballo, y se vinieron. Los húsares permanecieron gran rato silenciosos; pero luego se soltaron en alabanzas y en lástimas del General, y hay quien dice que si él los hubiese oído, fácil le fuera volver grupa y arrastrarlos consigo á donde quisiese. Tal es, á lo ménos, el testimonio del Comandante Laviña, el cual ha dicho, y es de creer, que instó al General á la fuga, ofreciéndose á seguirle. La conducta de Leon sólo se explica por dos cosas: porque, como él mismo dijo despues, no sabía huir, y porque no temía la suerte que le aguardaba.

Cuando los húsares llegaron á las puertas de Madrid con su prisionero, se presentó un Oficial encargado por el Duque de la Victoria de entregarse de su persona y conducirle al cuartel de Santo Tomás. El Duque había sabido al instante la captura de Leon, y al recibir semejante orden, le preguntó, algo extrañado, el Oficial: "¿Al cuartel de Santo Tomás?" "Al cuartel de Santo Tomás:" repuso el Duque.—"¿Al de Nacionales?"—"Al de Nacionales." La Regencia quería compartir con la revolucion aquella responsabilidad.

Sucedía esto al anoecer del día 8, y corría por Madrid la noticia de que habían hecho prisionero al General Concha; no era Concha, pero era Leon. No había en

Madrid quien no le conociese; los que le aborrecían, le aborrecían solamente desde la noche anterior. Pero como quiera que la inmensa mayoría de todas las clases de la sociedad y del pueblo, aun aquellas que no simpatizaban con la causa que en él había sido vencida; como quiera, decimos, que la inmensa mayoría de Madrid y de España hubiera deseado para Leon la libertad y la vida, difícil sería determinar si en los partidos vencedores no hubo muchos hombres que se alegrasen en el fondo de su corazón de lo que sucedía; gratuito sería el asegurar que no se contaron muchos—¿cómo les llamarémos?—muchos miserables que aplaudiesen aquel glorioso acontecimiento con el placer atroz de la envidia y con la sinceridad infernal de la venganza. No vayais á preguntárselo hoy á la mayor parte de ellos, porque la justicia ejercida con Leon es una de aquellas justicias de que hasta los más ciegos y hasta los más perversos se arrepienten y se disculpan: no vayais á preguntárselo hoy, porque os responderán, porque os jurarán que no; pero ¿lo dijeron, lo juraron entónces?

Por lo que hace al Gobierno, un Gobierno como aquel, estaba en la obligacion de alegrarse de su triunfo, y de consumarlo con el derramamiento de la sangre más noble que se ha derramado en España tiempo hace. La mayor parte de las gentes se hacía la ilusion de que Leon no moriría, y algunos hombres de la situacion tenían bastante hipocresía para sostener y aparentar ellos mismos tal esperanza: pero los unos se engañaban en el ardor de su deséu, y los otros eran hipócritas en la expresion del suyo. ¿Morirá? ¿Morirá? Hé aquí la pregunta que todo el mundo se hacía, y la respuesta que todo el mundo se daba: nadie se atrevía á esperanzarse; y entretanto que este

deséu y este temor se agitaban en las cabezas y atormentaban los corazones en donde se albergaba una idéa generosa y una simpatía natural hácia un ilustre infortunio, el Gobierno del Duque de la Victoria, desplegando una actividad y una entereza de que no había dado muestra cuando tenía en frente á la insurreccion con la espada en la mano, se apresuraba á nombrar un consejo de guerra, un verdadero tribunal de Real órden, para sacar en breve á Madrid y á la España de su incertidumbre.

El dia 13, á la una del dia, se celebró en el colegio imperial de Madrid la tristísima solemnidad militar de aquel funesto juicio. Las tropas de la guarnicion y algunos batallones de la Milicia se extendían desde el cuartel de Santo Tomás hasta el edificio del consejo. El pueblo de Madrid se agolpaba á aquellos parajes, para contemplar en aquel decisivo trance al hombre de cuyo valor había oido contar tan portentosos efectos. El General Leon, con su uniforme de húsar, con sus grandes cruces de Cárlos III, de Isabel la Católica y de San Fernando, con el cordon de comendador de la Legion de honor de Francia, con la multitud de sus cruces laureadas y de sus cruces de distincion ganadas en el campo de batalla, salió de su prision, en compañía de su defensor, y se dirigió en un coche abierto y escoltado al colegio de San Isidro. Allí le aguardaban los Generales que iban á juzgarle; el jefe de escuadra Capaz, Presidente del Consejo, los Mariscales de campo Mendez-Vigo, Isidro, Ramirez, Cortinez, Grases y el Brigadier Lopez Pinto. La sala y las inmediaciones del consejo estaban ocupadas por un inmenso gentío; los centinelas cuidaban de que los concurrentes de afuera sólo penetra-